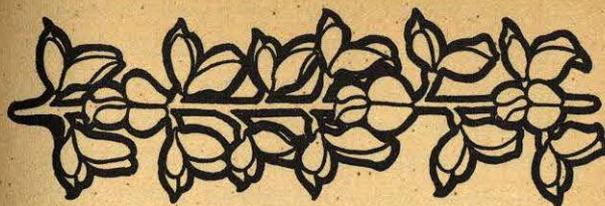


VI - LA CLAVE - A LOS
ESTUDIANTES OVETEN-
SES EN EL III CENTENA-
RIO DE LA UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD DE OVIEDO
BIBLIOTECA



ENGO de hacer un viaje por el extranjero, durante el cual he procurado estudiar principalmente todo lo que se refiere a la enseñanza universitaria. Una vez más, la superioridad de las otras naciones europeas sobre la nuestra, se ha evidenciado a mis ojos. En esto, sin embargo, he recogido una observación nueva para mí. He visto que la superioridad de la vida académica alemana, v. gr., sobre la española, no estriba, esencialmente, ni en la altura científica del profesorado, ni en la largueza de dotación de sus cátedras y laboratorios en punto a material, ni en la grandiosi-

dad de los edificios dedicados a Universidades y Museos, sino en algo más colectivo y más profundo: en el interés social por la cultura y en el entusiasmo con que el estudiante trabaja y procura formarse como hombre de ciencia.

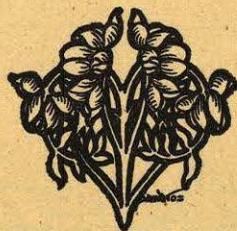
Por mucho que en Alemania ponga de su parte el profesor (y es infinitamente más de lo que solemos poner aquí), aún pone más el alumno, cuya labor privada de cultura general, de complemento de la enseñanza académica y de colaboración en los trabajos que ésta impone, es enorme. Solo ella puede explicar el fruto grande que la Universidad produce. El estudiante es allí algo vivo, activo, que no espera el remolque del programa y del profesor, que se anticipa a ellos y les facilita el camino con su concurso entusiasta. Ha comprendido que el elemento principal en la educación, es él, y cumple con lo que, según esto, le es exigido.

Yo quisiera que los estudiantes españoles copiasen este ejemplo y se contagiaran de ese entusiasmo por el saber, para convertirse, de obra muerta, de elemento pasivo que el profesor ha de espolear a cada instante, y que fuera de la cátedra nada hace para su propia formación, en el factor más activo de la enseñanza.

Los estudiantes asturianos que hoy festejan el III Centenario de su Universidad y en ello ponen calor e interés, deberían pensar que el más elevado acto de amor, y el más fecundo

hacia ella, sería *sentir* su obra y colaborar fervorosamente en la enseñanza, hasta poder decir, como puede sin duda decirlo el estudiante alemán y con la misma razón que éste:

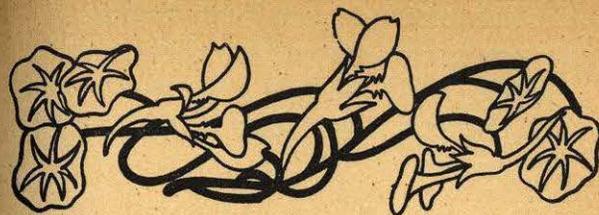
— La Universidad somos nosotros.





VII - UNA MISION
— DE LAS —
UNIVERSIDADES

BIBLIOTECA UNIV. I.
U. A.



EN los Estados Unidos, donde la extensión territorial y la complejidad de los elementos emigrantes crean obstáculos para la fusión de los espíritus, eminentes pedagogos ven en las Universidades el más alto laboratorio de fraternidad y relación entre los jóvenes que el día mañana han de dirigir, por ley natural, en la política y fuera de ella, los destinos del país. Esta misión, verdaderamente patriótica de paz, de armonía, de ensambladura, convierte las Universidades en un órgano de vida nacional de los más fundamentales.

¿No cabe pensar que también en España podían llenar, deliberada y sistemáticamente, esa misma misión? No estamos aquí menos,

sino más necesitados que Norte América, de un gran fundente de nuestras diferencias, de nuestros recelos mutuós y de nuestras luchas fratricidas, que retrasan la aparición del alma nacional.





Los redactores de la Revista *Juventud*, me piden que escriba el artículo de introducción, o prólogo. Y no saben ellos el bien que hacen a mi espíritu, obligándole a esta distracción de sus habituales preocupaciones.

Evoca Coppée, en uno de sus poemitas, recuerdos amorosos de la adolescencia, y dice de ellos:

*.....le spectre flétri de mon premier amour
brusquement évoqué, m'a navré tout un jour,*
y así digo yo de las imágenes que reaviva en mi memoria la aparición de una revista escolar. A ella le estoy debiendo — y por tanto,

a quienes dan motivo de que renazcan—horas de dulce poesía del ayer, que la ruda, pero no menos poética tarea de hoy, tiene arrinconadas y obscurecidas. Me vuelvo a ver rapazón de 15, novato en la Universidad, rebosante de ensueños y de ambiciones generosas, mecido por la ilusión desmesurada, pero creadora, de la juventud, que juzga poder conquistar el mundo por su solo esfuerzo y en un abrir y cerrar ojos. Me veo en aquellos días de perpetuas sorpresas para el espíritu, en que la vida social y la vida de la inteligencia nos descubren a cada paso nuevos horizontes, perspectivas ignoradas que inocentemente nos llenan de asombro, y en cuyas lejanías tantos molinos de viento nos parecen gigantes desafiadores de nuestro poder. Me veo también como vosotros, redactores de *Juventud*, fundando revistas, emborronando cuartillas, dando de lado muchas veces a Heineccio, para leer a Balmes, a Gervinus, a Weber, a Darwin, a Goethe, a Schiller, a Calderón (que de todo, mezcladamente, entraba en mi huerto), o para discutir con los camaradas, entre clase y clase, el último libro de Galdós, de *Clarín*, de Palacio Valdés, de Azcárate, de Zola... y pienso, en la serenidad de hoy (un poco desengañada de ciertas cosas que entonces me atraían, pero fervorosa creyente de otras que mantienen en mi espíritu los arresos de la juventud), que no fué tiempo perdido aquél dedicado a escribir periódicos es-

tudiantiles, sino tiempo ganado, por su misma episódica y digresiva dispersión, para el culto de los grandes ideales, para el vuelo libre de la inteligencia, para el adestramiento de las energías que más adelante habían de encontrar firme y encarrilado empleo y, sobre todo, para el rompimiento de ese mezquino y antipático espíritu *profesional*, que reduce el horizonte a un solo orden de ideas y declara vitanda toda distracción en busca de más amplias, universales y humanas perspectivas. Creo que todas esas ventajas contrarrestan perfectamente los peligros de la retórica, de la ligereza, de la audacia, que puede haber tras estos escarceos plumíferos de la juventud; peligros que de igual modo, por otra parte, acometen a *los buenos estudiantes*, que sólo ven su *libro de texto* y su *programa* y que suelen parar, al fin, en honorables hombres *prácticos*, en cuyas almas no habrá nunca un grano de poesía.

No hace mucho, me quejaba yo, dirigiéndome a vosotros, de vuestra usual pasividad en la vida universitaria, comparando, en conjunto, el estudiante español con el estudiante alemán. Un profesor berlinés, que ha leído el artículo a que aludo, me escribe: "Sí, señor, *la clave*. Da usted en el clavo, como el señor Canseco. La materia prima buena, en el fondo, es ahí detestable respecto a voluntad... Los estudiantes españoles son como las criadas berlinesas, a las que hay que empujar a cada

momento para que trabajen: a ellos los tienen que empujar el padre, la patrona, el profesor, el tío, para que hagan su carrera. Su nota distintiva es que no les interese nada".

Vosotros dais un mentís, señalando una excepción, a esa regla. Para vosotros hay cosas intelectuales e interesantes fuera del examen de fin de curso; si es que al examen se le puede hacer el honor de calificarlo de cosa intelectual. ¿Qué mejor contestación a mis amistosas censuras?

Y todavía sois vosotros mejores que lo éramos, hace 27 años, los estudiantes de mi promoción. En nuestras revistas, nada, si no era el título, permitía traslucir que sus redactores perteneciesen al público esencial de una Universidad. Eramos jóvenes que escribíamos de filosofía, de historia, de literatura y, sobre todo, que componíamos novelitas y versos: cosas que lo mismo podían hacer unos estudiantes universitarios, que los empleados de una casa de banca o de una oficina de Hacienda.

Vosotros haréis todo eso y, además, hablaréis de la Universidad. Puesto que la idea de hacerlo así ha sido vuestra, debemos creer que la Universidad os gusta, que hay en ella algo que os interesa de modo más elevado que la simple persecución del consabido título. ¿Qué mayor elogio para nosotros? Nuestra obra os es amable; no procuráis olvidaros de ella como de una pesadilla aterradora.

Empezáis a ser "nuestra clave". Y esa es la poesía de hoy, que añadís a mis ensueños de ayer, despertados por vuestro llamamiento y que, también, como a Coppée la memoria de sus amores primerizos, *m'a navré tout un jour*.

